

## FIESTAS Y CULTURA

---

**Antxon Aguirre Sorondo**

Socio de Eusko Ikaskuntza

---

Con la pretensión inicial de ceñir mi comunicación a la sugerente propuesta que encabeza este Congreso, y considerando que una ocasión como la presente nos debe servir no tanto para abundar en complacientes miradas, como para plantear los problemas a los que se enfrenta la sociedad vasca ante el horizonte del nuevo siglo, he elegido un tema que además de apasionarme entiendo merece un serio debate, cual es el presente y el futuro de nuestras fiestas. Si entendemos que la salud de un pueblo se mide, entre otros parámetros, por lo que expresa su ocio y dentro de éste por la calidad de sus manifestaciones festivas, hay razones suficientes para mirar con preocupación el estado actual del nuestro.

Después de analizar con detenimiento el conjunto de fiestas del territorio guipuzcoano, que he tenido ocasión de visitar en su totalidad para la elaboración de una amplia guía donde recogí además otros ritos y actos tradicionales, me he cuestionado ya no si, como aún dicen muchos, son nuestras fiestas «las mejores del mundo», sino simplemente si poseen un sustrato que las distinga y las haga interesantes a ojos de los pueblos vecinos. ¿Tenemos algo que aportar en la nueva Europa, si nos atenemos a las ambiciones, los ideales y la riqueza cultural que rezuma todo hecho festivo? La respuesta, como se verá, no es fácil.

Intentaré en esta comunicación explicar desde una perspectiva histórica como se han configurado nuestras fiestas y hasta que punto, a mi modo de ver, sacan a la luz las condiciones en que se desarrolla la convivencia de los vascos en el crepúsculo del milenio.

En primer lugar, creo que es importante acabar, en cierto modo, con el mito del aislacionismo vasco. Otras voces más autorizadas que la mía lo han tratado ya, pero no parece que esté de más insistir en ello.

Por su posición geográfica y la inquieta movilidad de sus habitantes, Euskalerría ha mantenido una comunicación privilegiada con las élites culturales europeas. La Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, fundada en 1764, pionera a la «que las demás provincias del Reino deberían imitar», en palabras de Carlos III, simboliza la importante presencia

de una parte de la sociedad vasca en las corrientes nacidas al calor de aquel Siglo de las Luces, anticipada y en buena medida consecuencia de la prosperidad que a ciudades y pueblos trajo la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas desde 1728 y las experiencias de tantos «indianos» que fueron «a hacer las Américas».

Ya a mediados del siglo XIX, la siderurgia vasca junto al textil catalán representan los únicos reductos industriales del apenas incipiente capitalismo nacional. Estas áreas acogieron a técnicos y operarios especializados, de Francia e Inglaterra especialmente, que dejaron en nuestra sociedad una impronta reducida aunque perceptible. Los lazos comerciales de la burguesía vasca tendidos por todo el mundo afloran en ese período, y al mito del vasco aventurero sucede el del emprendedor hombre de negocios.

Sin embargo, con el nuevo siglo se produce un retroceso cuyas consecuencias se dejan sentir incluso hoy. Primero la interrupción de los contactos con las colonias de ultramar, más adelante la neutralidad española durante las dos guerras mundiales y las dictaduras de los años 20 y 40-70 con el colorido del exilio —interior o exterior— de muchos de nuestros mejores cerebros, añadido a la configuración todavía básicamente rural de la vieja Vasconia, explican en buena parte por qué cuando las comunicaciones entre naciones y pueblos vecinos por encima de las fronteras transforman las formas de vida hasta entonces autosuficientes y estrechan las culturas «sincretizándolas» —si se permite la licencia—, cuando el pensamiento y la creatividad europea sientan las bases de una sociedad que aspira a superar todas las barreras —proyecto en el que permanecemos inmersos—, en ese momento histórico de trascendental importancia se produce un repliegue forzado de la sociedad vasca y del conjunto de los pueblos del Estado español. Figuras en tantos aspectos distintas como D. Pío Baroja y D. Miguel de Unamuno pueden ser, en este sentido, paradigmas de la crisis no sólo de una generación —la del 98—, sino también de las que las siguieron, convertidas en cantores de una identidad despechada.

Desde los años cincuenta de nuestro siglo se produjo, simultáneamente al desarrollo económico. Y los movimientos in-

migratorios, el despertar de una conciencia que empezaba a rebelarse ante la brutal domesticación que la dictadura franquista quiso hacer de su idiosincrasia. Una introversión colectiva hacia formas primitivas e incluso arcaicas de entender nuestra peculiaridad, fue el modo como, cara al progresivo empuje de las comunicaciones entre los pueblos peninsulares y continentales, *lo vasco* se reafirmaba como genuino, e incluso, para algunos, como reducto último de lo «verdaderamente puro». Y al llegar aquí, uno no puede menos que interrogarse si, en cierta manera, no fue aquella reacción una réplica exacta de la ideología del poder, cuando lo que intentaba era contrarrestarla. ¿No sería burlar la «misión histórica en lo universal» de la grandilocuencia española reproduciendo, quizás de forma inconsciente, otra «misión histórica» etno-céntrica igual de decadente y vana?. Acaso se tratara, una vez más de ese componente mesiánico quintaesencia del vasco o acaso de un simple acto reflejo nacido de la mísera condición a que había sido reducida la cultura vasca.

Así las cosas, ese despertar se tradujo en una denodada defensa de lo propio y singular frente a lo español, particularmente entendido como un virus extraño e inoculado «*manu militari*». Lentamente, lo cultural y lo político se confunden. Sobre todo y ante todo, se potencia la lengua vasca como base para la reconstrucción de una identidad destrozada pero cargada de vitalidad. Al euskera, como a todo lo demás, se atribuyen virtudes de resistencia política.

Pero cuando las perspectivas de futuro se ampliaban a la par que decaía el régimen instaurado tras la guerra civil, la sociedad vasca entró en una profunda crisis. Por una parte, la impresionante unidad entre las expresiones étnicas y políticas se rompe, la común sintonía de lucha contra la dictadura estalla en una variada gama de criterios, muchos de ellos encontrados. Por otra parte, la irresistible ascensión de un orden basado en el consumo, que se mueve por medio de parámetros de rentabilidad, consolida su acción y afecta sensiblemente a las nuevas generaciones. La brusca irrupción de lo multinacional, entendido como vehículo de la civilización «ultracomunicada», tomo cuerpo aquí a través del turismo en masa y, por encima de cualquier otra consideración, a la madurez del sistema «massmediático», poniendo coto a todo afán aislacionista.

Este desconcierto se plasmó en todos los aspectos de la vida individual y social, En cierto modo pasamos, por decirlo de una forma expresiva, del folklore de flauta de pastor al de guitarra eléctrica; de las creencias en mitos brujeriles a los mitos de factoría; del baile de romería a las discotecas.

Los jóvenes de hoy se incorporan a la sociedad ignorando el combate, el dolor y la angustia que han acompañado al ciudadano vasco en el último medio siglo. Al diluirse este conocimiento, hay una menor necesidad de mostrar los signos de identidad del colectivo. El valor que tenía para un joven de los años sesenta aprender euskera, para lo que hacía enormes sacrificios como asistir a clases nocturnas en lugares mal acondicionados y sin garantías de llegar a dominarlo con desenvoltura, con métodos de enseñanza artesanales y cierta sensación de inseguridad, ese valor difícilmente podemos transmitirlo a nuestros hijos, que lo aprenden desde pequeños en la ikastola. Pero, a la inversa, no somos a veces capaces de entender que algunos jóvenes —y todos conocemos algún caso— minimicen la importancia de nuestra lengua, confrontada al magnetismo que ejerce en ellos la poderosa maquinaria de producción y consumo de signos comunicativos internacionales.

En el umbral de la nueva era, hemos de reivindicar un espacio para lo particular cuya suma forje lo global, rechazando

con ello que la técnica —que se supone cada día nos unen más termine paradójicamente por ahogar todo matiz bajo el manto del «interés general». Queremos decir con esto que tan ridículo resultará retomar a la exaltación añorante de lo «pastoril» —tendencia pesimista en la que no pocos caen—, como arrojarlos en brazos de los profetas anunciadores de una supuesta «tierra prometida» resultante de la equivalencia «máquina más consumo igual a felicidad».

Esta disyuntiva es la que, a nuestro entender, reflejan las fiestas de nuestro entorno.

Tal como hoy se concibe —hablando genéricamente—, nuestra fiesta es un híbrido de FIESTA TRADICIONAL, mal que bien rescatada y en puntuales excepciones conservada desde la antigüedad, y de FIESTAS AFINES. La primera, qué duda cabe, posee una clara impronta rural, mientras que las segundas, las FIESTAS AFINES, no son otra cosa que la incorporación en la expresión festiva de las formas transmitidas universalmente por la cultura dominante, que podríamos designar «seudocultura multinacional», (radicando su falsedad en la preeminencia del aspecto mercantil sobre la potenciación del individuo, que es el primer mandamiento de la cultura).

Intentaremos descomponer los elementos de una y otra en nuestras actuales y confusas fiestas.

La FIESTA TRADICIONAL contiene una serie de elementos, algunos de los cuales en la actualidad —como manifestación viva que es la fiesta— están renaciendo, otros en auge, otros en decadencia y a punto de desaparecer o incluso ya desaparecidos algunos más como por ejemplo

— Elementos del folklore que son ya reliquia o van camino de serlo: instrumentos (txistu, elemento otrora imprescindible en la fiesta), los vestidos tradicionales (arrinconados a los grupos de baile o a algún acto solemne), las danzas vascas (sólo conocidas hoy por los dantzaris aficionados) o incluso las mismas partituras musicales.

— Deportes autóctonos los hay en auge y en decadencia entre los primeros destacan las regatas y la pelota, sobre todo finales y campeonatos de alto nivel, entre los segundos, las apuestas de achas, el levantamiento de piedra (si exceptuamos las grandes pruebas o la figura excepcional del momento que atrae la atención del menos aficionado), las carreras pedestres tradicionales, los segalaris. Todos ellos minoritarios en comparación al número de practicantes de los deportes de masas como el baloncesto o el omnipresente fútbol.

— En decadencia: todos los cultos religiosos, hasta ayer eje central a los que se daba más importancia en toda fiesta que a la misma diversión.

— En auge, afortunadamente, el bersolarismo.

— En lenta recuperación: las pastorales.

— Los carnavales van en aumento, si bien perdiendo en gran medida las pautas rurales que los caracterizaban. Digamos que se van «urbanizando» y, por tanto, pareciéndose unos a otros como gotas de agua.

Esto en lo que se refiere a la FIESTA TRADICIONAL, que ya no existe sino en mixtión con los signos —y por demás gruesos— de la «aldea global». Guste o disguste, es el «mercado» (y para otra ocasión dejamos la discusión sobre la esencia de esta palabra) lo que marca las preferencias de la mayoría de la sociedad (que aquí y ahora es eminentemente joven), tanto en el vestir, en el comportamiento social como en la forma de diversión.

En la visita sistemática a las fiestas de nuestros pueblos y villas apreciamos una casi total uniformidad del modo de festejar. Punto por punto, toda fiesta tiene:

— RITOS RELIGIOSOS. Todavía se mantienen las preces al patrón, aunque con asistencia generalmente de personas mayores

Pocos jóvenes veremos en las misas matinales, pues muchos aún están a esas horas de «marcha» y «gau-pasa». Las procesiones y toda manifestación externa de las creencias se eliminan, en gran medida por iniciativa del Propio clero, como corrientemente hemos escuchado en nuestras entrevistas de campo a personas de edad.

— DEPORTES AUTOCTONOS. Nunca o raramente son de PARTICIPACION (antaño no podían faltar apuestas o desafíos entre vecinos y pueblos), sino de EXHIBICION. Como sustitutivo de las viejas tradiciones, se llega a contratar a un grupo de atletas para que ofrezca un supuesto reto, emulando los antiguos desafíos más frecuentes son los partidos de pelota entre profesionales.

DEPORTES ACTUALES. Partidos de fútbol o torneos de fútbol-sala entre miembros de la comunidad, y carreras ciclistas de equipos federados.

— VAQUILLAS o SOKA-MUTURRAS, ya no para iniciar la jornada sino para poner broche de oro a la juerga de los trasnochadores, y en algunos sitios (poquísimos) novilladas.

— HOMENAJES a los ANCIANOS, a los PRESOS y a los NIÑOS, con algunas actividades.

— POLITIZACION. Como herencia de las izadas ilegales de ikurriñas de los años sesenta-setenta, pervive la politización de la fiesta. Al igual que los oficios religiosos tienen su público, las manifestaciones políticas en fiestas tampoco carecen de fieles.

— Unas COMIDAS o CENAS de hermanamiento.

— MUSICA: Por un lado alguna exhibición de carácter más bien ritual con instrumentos tradicionales, txistularis, txalaparta, etc., de reducida asistencia, y pasacalles con txistularis o dulzaineros (a menudo caminando solos por las calles de nuestros pueblos), charangas, tamboradas. Por otra, uno o varios conciertos y verbenas multitudinarios con la música de moda (esto es, la que marcan los «rankings» de «hits», ya sea «pop», «rock», «trash», «rap» o «heavy», según la jerga al uso, como se ve toda etiquetada y envasada para su consumo planetario).

Por último, la BEBIDA se ha convertido en la estrella de la fiesta para amplias capas de nuestra juventud. Hoy como ayer, los brebajes pueden ayudar a pasarlo bien de poteo con los amigos, en la cena familiar, en el copeo nocturno. Lo lamentable es que para muchos no se entendería una fiesta sin alcohol. Ya no es que ayude, es que parece verdad de perogrullo que sin bebida no hay diversión posible.

Aún entendiéndolo que cada grupo humano, cada porción de amigos se decanta por unas o por otras diversiones y que toda regla tiene su excepción e incluso excepciones, si contemplamos a nuestra juventud, que es el primer destinatario y actor de las fiestas, podremos definir palmariamente cuales son los elementos de toda fiesta típica al gusto mayoritario: vaquillas de «trasnoche», guirigayes en forma de pasacalles, música a grandes decibelios y bebida.

Si es verdad que las fiestas definen al pueblo que las organiza y vive, no nos equivocamos al auscultar con preocupación nuestra salud ritual. Nuestras fiestas son producto —si se acepta el análisis de lo visto hasta aquí—: 1º. De una crisis cultural que se remonta varias décadas atrás y de la denodada voluntad posterior por recuperar, más por impulsos del corazón que de la cabeza, el tiempo y la esencia en parte extrañada; y, 2º. de la irrupción de una fuerza homogeneizadora, el mecanismo social de consumo, que ya no respeta ni lo propio ni lo ajeno, ni lo humano ni lo divino, y cuyo principal objetivo es papel de faz timbrada y numerada.

Pero no nos lamentemos en exceso. Intentemos «comprendernos a nosotros mismos» para actuar en consecuencia y mejorar en todo lo posible nuestras perspectivas. Vivir es evolucionar y transformarse a cada momento. No sólo es imposible bañarse dos veces en el agua de un río: ni una sola vez podemos mojarnos con la misma agua, siempre cambiante, en incansable movimiento. Cualquier añoranza es una fisura en el conocimiento. Mejor miremos hacia adelante, aprendiendo del pasado para no tropezar contra las mismas piedras.

Sólo nos queda, o nada menos nos queda, recuperar lenta y pacientemente nuestro acervo cultural —que no deben ser «las mismas fiestas» ni «los mismos ritos»-, y ofrecérselo con atractivo a las nuevas generaciones. Sin resentimientos ni imposiciones. Sin negar la «suprarrealidad» de la pseudocultura teledirigida que todo lo abarca, pero intentando llenarla de contenidos más elevados. Aprender entre todos a amar lo «pequeño», lo «singular» aunque quizás no tan «vistoso» ni embebecedor como las formas universalmente importadas «para usar y tirar». No podemos seguir mirándonos al ombligo como si allí se encontrara el finibusterre; pero, por contra, también debemos educarnos para eludir la fascinación fácil por los envoltorios de grandes naderías que es la «tecnología», nueva religión de nuestro tiempo. Pues, al fin y al cabo, no es tan importante lo que el hombre puede producir por sí como lo que puede hacer de sí, no tanto su poder como su potencia.

En algunos lugares se están empezando a ensayar fiestas con nuevas premisas que, aunque no sean más que tanteos iniciales, necesariamente han de resultar positivas. De hecho, si estamos de acuerdo en que algo no funciona en nuestra colectividad, en nuestras relaciones, ¿hay mejor forma de ensayar una nueva convivencia que a través de la fiesta? ¿No debería ser la fiesta —y de hecho parece que un día lo fue— la primera forma de simbiosis humana?

Si sostenemos, como pueblo, que algo importante tenemos que decir; si opinamos que los pueblos que conviven a nuestro alrededor pueden enriquecernos; si nos importa participar en la historia que aún está por hacer entonces hemos de dar antes que nada con nuestra identidad (suma de un pasado, un presente y una ambición de futuro) que, ni mejor ni peor que las demás, es distinta a cualquier otra. Saber que somos y donde estamos para afrontar el adónde dirigimos. Para este viaje en nuestras alforjas conservamos dos valiosas herramientas nuestra LENGUA y nuestra CULTURA. La LENGUA, porque es la expresión más genuina de nuestra esencia pasada y presente, y vehículo de comunicación entre nosotros. Y la CULTURA como elemento superador, potenciado de nuestras facultades y elevador del espíritu. Somos de la opinión que la libertad no se gana, pese a que todo parezca decirlo, ni con dinero ni con abstractos poderes, sino con la cultura. Porque DECIR CULTURA ES DECIR LIBERTAD.